

POEMAS PARA ILUMINAR

FRIDA VARINIA RAMOS

Mirando el ataúd del cuerpo se sentía engordar.
La mancha solar polarizaba el suelo, donde enlo-
quecidos y lisiados edificaron los perfiles de
sus brazos.

¡Tal vez lluvia de verano!

¡Tal vez principiaba otoño!

Sus manos hicieron las veces de escalón
sobrepasando los pleamares de la sangre.

No era tan importante oscultar el miedo de amar,
mejor meter tijera a las cartas y acumular sus
recuerdos en la inconciencia.

Maquillaron la piel de las trilladas tierras,
con el estiércol que dictó una sola ambición.
Obsesionados luego, con la libertad en un
golpe de herradura, a la suerte de un temblor
oculto.

Todo era caoba en el polvo de sus manos
rotas, ponía la mesa sin contar quiénes se
sentaban a ella, quitaba la vajilla antigua y
ponía los platos de almeja. No contaba ni a
los semimuertos ni a los que la habían ma-
tado por la misma puerta del comedor. Ese
día deshabitando a las almejas, comió de la
lluvia, vió hacia el techo abocinado y vomitó
líquido presagios.

Ahí estaban agobiados de realidad
sobre la menstruación de los deslavados cuerpos
sobre las anárquicas estrías al rededor de su
mirada.